

ALICIA ALONSO CIEGA, PERO CLARIVIDENTE

PARIS.—Todos los días, tres horas antes de la representación de «Gisele», Alicia Alonso acude a la Ópera de París; mide el escenario, calcula los pasos, adivina el lugar exacto donde va a poner los pies. Luego, al empezar la representación, se advierte una inesperada luz roja en el centro del escenario y dos rampas de luces azules por los lados. Gracias a estas artimañas, París ha podido asistir a la renovada versión de «Gisele», obra de una de las mejores bailarinas de nuestro tiempo, con Margot Fonteyn y Maia Plitseskaja.

Rojo y azul son los colores que aún pueden distinguir los ojos inmensos y luminosos de Alicia Alonso, que me recibe en una modesta habitación de un hotel parisino. Marco que no cuadra con la idea de «bailarina-estrella», de «prima donna»...

—Le voy a decir sinceramente: toda mi vida viví en hoteles que me han escogido por el nombre; usted sabe que hice mi carrera en los Estados Unidos, y cada vez que llegaba a un país buscaban el hotel de más nombre: el Hilton, el no sé qué, el no sé cuántos, y ahí, automáticamente, me reservaba mi empresario. Y no siempre era lo más cómodo. Hoy en día yo pregunto cuál es el hotel más eficaz para mi trabajo, pues esto es lo único que me interesa: que esté cerca del teatro, que pueda ir caminando, etcétera.

● Toda su vida y hoy en día. ¿En qué momento se sitúa la ruptura? Nacida en La Habana, formó parte del American Ballet Theater; llegó a las alturas del ballet clásico y allí se mantenía hasta que se produjo en Cuba la revolución.

—Ah, sí; entonces inició un trabajo que adoro. Charlas en todas partes, en fábricas, en campos, en las Universidades; en todos los lugares en donde hay un gran núcleo de trabajadores, de campesinos, de todos los que son hoy en Cuba seres humanos. Allí damos charlas explicando lo que es el ballet y lo que es la danza en sí, lo que significa para los hombres. En resumen, la importancia de la cultura artística. Les enseñamos el principio del ballet, cómo empezó, por qué empezó y cómo nace y se desarrolla en el hombre el movimiento y la danza. Por lo regular, después de una serie de charlas que les damos a ese mismo grupo —por ejemplo, ahora acabamos de dar una serie de nueve charlas a los empleados de transportes—, culminamos con una función para ellos, en la que participan activamente los más aventajados. Desde luego, el número que montamos era fácil, pero ya sabían moverse con elegancia y naturalidad. Y esto lo

